



JORGE DÍAZ
Dramaturgo

PALABRAS PARA ESTIMULAR LA PALABRA*

Desde hace algún tiempo me niego a sumarme a cualquiera declaración quejumbrosa o catastrófica respecto al teatro y/o a los dramaturgos. Si el teatro y/o los dramaturgos se mueren o desaparecen debido a un pro-

ceso de transformación auténtica de la sociedad, en el que se hayan creado nuevos códigos de comunicación de celebración pánica, ¡bienvenida sea la muerte del teatro por obsoleto, sobrepasado y enfermo!

Lo último que justificaría la existencia del teatro es la necesidad de los hombres de develar sus misterios y emociones, de jugar, en suma. Este juego dionisiaco puede ayudar —en forma sutil, pero persistente— a transformar la sociedad. Es decir, a la que hay que reanimar, revitalizar y oxigenar, porque se encuentra agónica, no es al teatro, sino a la sociedad. Sociedad amnésica, incapaz de generar valores.

El segundo malentendido es el de la agonía de la dramaturgia. No es exacto decir que los grupos trabajen sin dramaturgos últimamente. Los grupos jóvenes que indagan colectivamente, con coherencia, en el hombre y su entorno, están haciendo, a su manera, dramaturgia. No es en absoluto necesario que una dramaturgia vaya firmada o sea publicada en una antología para que sea creación dramaturgíca.

Es evidente que en el teatro existen múltiples formas de escritura en el espacio que van más allá de las palabras. A menudo el director o el colectivo actoral crean un lenguaje escénico prescindiendo del dramaturgo convencional; en ese momento, ellos están oficiando de dramaturgos, porque crean códigos de lectura escénica e intentan expresar universos inéditos.

Las bases de la convocatoria de esta Muestra de Dramaturgia Nacional han privilegiado el texto. Esta es simplemente una opción, no un dogma.

Tengo la impresión de que se trata de crear una falsa polémica, un enfrentamiento, entre el dramaturgo y los directores-autores o los colectivos actorales. Nada

más artificial que este enfrentamiento. Cualquier acto de auténtica creación beneficiará al teatro, ya sea teniendo su origen en la palabra o en el cuerpo de los actores.

Estamos escuchando constantemente que la dramaturgia está en crisis. Personalmente, creo que no es así. Es nuestra convivencia la que está en crisis. Nuestras conductas sociales aíslan a la gente y marginan la poesía escénica.

Hay muchos y excelentes dramaturgos jóvenes en Chile, atentos a los cambios culturales, que innovan con su lenguaje, que se arriesgan en sus propuestas. Lo que ocurre es que están aislados. Sus textos no se ventilan en grupos activos de teatro, no son sometidos a la experiencia vital del escenario, no circulan, no se leen, no reciben el estímulo de la crítica constructiva de sus compañeros de teatro. Esa es la única diferencia con la generación de dramaturgos de la década de los 60, que trabajábamos bajo el alero de grupos estables e instituciones, estábamos permanentemente alimentados por el escenario y nos ofrecían, generosamente, una continuidad para nuestra realización personal y artística. Aparte de esta diferencia, yo considero que los jóvenes dramaturgos de hoy son más abiertos, más transgresores, menos encasillados que los de mi generación.

Esta Muestra pretende, fundamentalmente, poner en contacto a la gente que escribe teatro con los mejores directores y actores que existen en nuestro país. Terminar con el aislamiento y marginación de sus escrituras para que sus intuiciones escénicas sean confrontadas en talleres abiertos y críticos.

Puedo asegurar que se sigue escribiendo teatro en Chile. Y este teatro tiene claras señas de identidad, voluntad de indagación y abandono de las fórmulas. Entre todos vamos a ayudar para que las intuiciones de los jóvenes se formulen en el espacio, que es donde tienen que estar, que es donde ocurren los milagros, y no en los computadores y las máquinas de escribir.

Hay bastantes razones para ser optimistas.

* Presentación realizada por el autor en la ceremonia de lanzamiento de la II Muestra de Dramaturgia Nacional, noviembre de 1995.